

LAS REVOLUCIONES ÁRABES, LA CUESTIÓN DE LA JUSTICIA SOCIAL Y EL PAPEL LOS SINDICATOS

Isaías Barreñada

*Profesor asociado de relaciones internacionales
Universidad Complutense de Madrid*

En plena revolución de la plaza de Tahrir, el novelista egipcio Alaa al Aswany¹ escribió: “Un régimen tiránico puede privar al pueblo de libertad pero, a cambio, le ofrece una vida fácil. Un régimen democrático puede no ser capaz de acabar con la pobreza, pero la gente tiene libertad y dignidad. El régimen egipcio ha quitado todo a sus ciudadanos, incluidas la libertad y la dignidad, y no ha cubierto sus necesidades diarias. Los cientos de miles de manifestantes de El Cairo no son más que una representación de los millones de egipcios que han vivido con sus derechos suprimidos.”

Al Aswany hacía mención al pacto tácito sobre el que se establecieron la mayor parte de los regímenes árabes tras las independencias. A cambio de ver satisfechas sus necesidades materiales, los ciudadanos árabes aceptaban sistemas políticos no democráticos pero cuyo autoritarismo parecía ser necesario para consolidar el proyecto estatal y para afianzar el desarrollo. Al cabo de unas décadas, el pacto social dejó de funcionar, el Estado ya no proveía un nivel digno de subsistencia (sea por el fracaso de los modelos económicos seguidos, por la mala gestión, por las presiones del mercado y las recetas impuestas desde las instituciones financieras internacionales o por la corrupción) y tampoco daba respuesta a las demandas de libertad y de democracia exigidas por la población (diluía la legitimidad histórica se acentuó el autoritarismo, se enquistó el sistema político). En los últimos años, la “guerra contra el terrorismo” y la contención del islamismo político sirvieron, con la connivencia de Europa y de Estados Unidos, de renovados pretextos para que los regímenes liberticidas y autocráticos siguieran en pie, en algunos casos con el consentimiento de una parte de los grupos más privilegiados y de las clases medias que veían así cómo se aseguraba el mantenimiento de un modelo de sociedad, sus posibilidades de movilidad y un cierto nivel de vida². Esta explicación, ciertamente simplificadora, apunta al meollo de la crisis de los estados árabes desde los años ochenta, el fracaso de los proyectos estatales, su pérdida de legitimidad, su ineficacia y su carácter autoritario, y el origen de la contestación.

Los ciudadanos árabes que, hartos y exasperados, han superado el miedo inculcado por el sistema a lo largo de décadas y se han echado a la calle dispuestos a enfrentarse a la policía

¹ Alaa al Aswany, “La batalla de Egipto continúa”, *El País* 30.01.2011

² Es lo que Beatrice Hibou (2006) denomina el renovado “pacto de seguridad” de Ben Ali con las clases medias tunecinas desde la década de los noventa y que substituyó al pacto social de Bourguiba con la central sindical UGTT que marcó las décadas anteriores.

o a los matones del partido en el poder, exigen cambios en lo político y en lo social: desean acabar con los regímenes despóticos, exigen libertad y democracia, quieren recuperar su dignidad y ser ciudadanos plenos, pero también reclaman justicia social y económica; en las protestas siempre han estado presentes demandas de empleo, salarios dignos, satisfacción de necesidades básicas... Por ello las revueltas árabes de estos meses han sido en algunos casos movimientos amplios y masivos, y a diferencia de las revueltas del pan de los años ochenta y noventa, no han sido simples estallidos espontáneos de cólera política que se han desbordado, ni una reacción exclusiva de los jóvenes o de una parte determinada de las sociedades como las clases medias urbanas.

Resulta de interés poner en relación las demandas políticas con las de justicia social. Estas últimas, quizás menos visibles, han constituido el sustrato de las revueltas árabes. De hecho en muchos casos la acción colectiva deriva de una rápida politización de demandas que en su origen eran de carácter social. No se puede obviar que en los últimos cuatro años en varios países tuvieron lugar movimientos de gran alcance, ligados a luchas sociales y laborales, que fueron los prolegómenos de la “primavera árabe”. Allí empezaron a fraguarse hechos claves: quedó en evidencia la incapacidad del sindicalismo oficial para representar y organizar a los trabajadores, la iniciativa fue tomada por otras fuerzas incipientes del movimiento obrero, se implicaron diversas asociaciones civiles (en particular de defensa de los derechos humanos, de abogados, jueces y periodistas), allí se dio la vinculación con jóvenes militantes y ciberactivistas, y también fue la ocasión para que el poder midiera el riesgo de movilizaciones amplias capaces de romper el corsé securitario y franquear los cortafuegos del sistema de encuadramiento, cooptación y control.

Las revueltas (o “revoluciones populares” en la denominación que utilizan los propios actores) que vienen convulsionando los países árabes desde diciembre de 2010 suponen un hecho de excepcional importancia. La ola de contestación afecta a la casi totalidad de los países árabes, pone en cuestión los sistemas políticos existentes, ha forzado a todos los regímenes ha asumir sus carencias, deficiencias y retrasos, y les ha obligado a poner en marcha reformas tanto políticas como económicas. Por primera vez en mucho tiempo, la iniciativa de los cambios viene de abajo (de la calle) y a veces desde el interior del país. Tengan éxito o no las revueltas en curso, el mundo árabe posterior a 2011 va a ser singularmente diferente al conocido hasta ahora. Estamos sin duda en los albores de una nueva etapa en la historia contemporánea de los árabes.

La movilización ciudadana de emancipación, reclamando democracia y libertades, se ha impuesto sobre las percepciones dominantes sobre estos pueblos ligadas a la religión, la violencia, el fatalismo o la sumisión. No ha quedado más remedio que tirar al cubo de la basura el discurso de la “excepción árabe”, es decir la apatía política y la supuesta incapacidad de los árabes para la democracia por razones culturales y antropológicas, en suma esencialistas.

La protesta ciudadana árabe toma por sorpresa y desconcierta a la opinión pública internacional y a muchos analistas, esencialmente por desconocimiento, mal-conocimiento y por sus prejuicios. Esto explica también la focalización sobre ciertos aspectos de las revueltas, la sobrevaloración de algunos actores y el escaso interés puesto en otros. Se atribuye un carácter extraordinario a estas protestas “de nuevo cuño”, diferentes a los movimientos sociales clásicos y a los partidos políticos. La iniciativa habría sido de los jóvenes airados urbanos que haciendo uso de los nuevos medios de comunicación, lograron activar la movilización de las masas maduras para la protesta. Incluso el islam político, principal movimiento de oposición política en algunos países, se habría visto sobrepasado por este fenómeno.

Esta rejilla de análisis dice mucho del conocimiento fragmentario y superficial de las sociedades árabes. Hace años que diversos procesos trascendentales están en marcha y que han sido, y están siendo, verdaderas revoluciones en múltiples planos: cambios demográficos fundamentales, el protagonismo social de los jóvenes y de las mujeres, una intensa politización relacionada con los niveles de educación, una recomposición de las identidades (desplazando las tradicionales), una creciente afirmación ciudadana que se expresa de múltiples formas, desde la disidencia artística hasta el activismo social, la secularización de sectores cada vez más amplios, una recomposición del campo político, la apertura del campo de la comunicación (con nuevos fenómenos transnacionales y una rápida e intensa penetración de las TIC)... Todo ello explica la extensión de manifestaciones de descontento y el auge de las protestas populares en los últimos años.

Las revueltas árabes se presentaron como inesperadas e imprevisibles. Sin embargo algunos analistas venían señalando el aumento de la contestación social y habían anticipado las revueltas. El economista Nader Fergany³, en un artículo premonitorio, señalaba la alta conflictividad que se venía dando en 2007 en Egipto (más de mil movimientos de protestas, entre los cuales 400 huelgas y manifestaciones), el aumento de las protestas de los funcionarios, la politización creciente de los conflictos sociales, la renovación incipiente del escenario sindical (se había creado el primer sindicato independiente, RETA, de los funcionarios de hacienda), y la aparición de nuevos líderes sociales. También el politólogo especialista en movimientos sociales en Oriente Medio Joel Beinin (2008, 2010) alertaba sobre la situación social en Egipto, llamando la atención sobre la amplitud de unas movilizaciones obreras sin precedentes desde 1948.

“Esta rejilla de análisis dice mucho del conocimiento fragmentario y superficial de las sociedades árabes. Hace años que diversos procesos trascendentales están en marcha y que han sido, y están siendo, verdaderas revoluciones en múltiples planos.

El que los eslóganes más visibles de las revueltas sean esencialmente políticos, no significa que las movilizaciones se reduzcan a buscar la deposición de un tirano. Diversas demandas, desde las de moralización, pasando por cuestiones locales, hasta las de carácter socio-económico, se politizan pronto porque se identifica al poder político como el principal responsable y un actor susceptible de ser derribado. Pero en el sustrato de la mayor parte de las protestas se encuentra descontento social y demandas de justicia económica.

El componente socioeconómico en el fundamento de las revueltas

Las revueltas no han tenido lugar en un momento de recesión económica. Tanto en Túnez como en Egipto, así como en otros países árabes agitados hoy por los movimientos de protesta, la economía creció en los últimos años y la crisis financiera mundial ha tenido en ellos un impacto moderado. Sin embargo es innegable que el componente socioeconómico está entre las principales causas de las revueltas. Para abordar esta cuestión es necesario tener en cuenta la conjunción de cambios sociodemográficos vividos en los países árabes con políticas económicas neoliberales que han generado crecimiento económico y enriquecimiento de pequeños grupos cercanos al poder, y al mismo tiempo el progresivo deterioro

³ Nader Fergany, director del Almishkat Center for Research and Training (El Cairo), dio una conferencia en el Instituto Europeo del Mediterráneo (IEMed) de Barcelona el 21 de octubre de 2008, que tenía el premonitorio título: “¿Pueden los movimientos de protesta derrocar los regímenes autoritarios en la región árabe? El caso de Egipto”. El texto se publicó a finales de 2010 en la revista *Quaderns de la Mediterrànea* 14 (2010).

de las condiciones de vida de grandes capas de la población, desempleo, bajos salarios, así como la frustración y humillación entre jóvenes y clases medias.

Casi todos los países del Norte de África y Oriente Medio se encuentran desde hace varios años en plena transición demográfica (Courbage et al, 2009). El boom poblacional de las post independencias, ha dado paso a un cambio brusco y significativo en las pautas reproductivas. Este fenómeno es producto de una mejora sustancial de las condiciones de vida, la extensión de la educación (primaria y secundaria, pero también superior, de hombres y mujeres), el retraso de la edad de matrimonio y la progresiva incorporación de la mujer al trabajo formal fuera del hogar. El principal indicador de este cambio ha sido el descenso generalizado de la fecundidad: hoy las mujeres árabes tienen entre dos y tres veces menos hijos que sus madres, alcanzando en algunos países cifras equivalentes e inferiores a las europeas. Esto tiene obvias repercusiones en las estructuras familiares, en las relaciones entre géneros y entre generaciones, en las necesidades de servicios públicos, pero también en las expectativas económicas, sociales y políticas de las personas.

Una segunda consecuencia de los cambios demográficos es que hoy la población es mayoritariamente joven y sigue creciendo por inercia demográfica, pero pronto la estructura se verá profundamente modificada: la población infantil pesará mucho menos y aumentará la población mayor dependiente. En la actualidad se vive un momento de plétora juvenil; un 60% de la población tiene menos de 25 años. Las principales cohortes de población son las de adolescentes y adultos jóvenes, hay más de 100 millones de jóvenes de entre 15 y 29 años. Si en los ochenta las calles de las ciudades árabes estaban llenas de niños, hoy lo están de jóvenes con necesidades específicas y que encaran desafíos importantes en su transición a la edad adulta. El acceso de estos jóvenes al mercado de trabajo o a un empleo digno se hace muy difícil, frustrándose sus aspiraciones de independencia económica y de autonomía personal. Se ha creado así una masa joven que vive y resiente una exclusión múltiple, económica pero también social y política⁴. Esto genera las condiciones para actos de desesperación y propicia el estallido de revueltas locales que pueden arrastrar a la población. De hecho es paradigmático que la inmolación de un joven vendedor ambulante en una pequeña ciudad del interior, humillado por las autoridades locales, fuera la chispa de la revuelta tunecina.

La cuestión del empleo es de una relevancia crucial en los países árabes. Según la OIT (datos 2008), el conjunto de los países árabes tiene la tasa de actividad más baja a nivel mundial (50,9%) debido a la todavía baja participación de la mujer. A pesar de ello y de que en la última década se ha creado empleo, éste ha sido insuficiente para atender la creciente demanda, y los países de la región tienen los índices más altos de desempleo reconocido a nivel mundial (10% en el Magreb y 9% en Oriente Medio) con un impacto especial sobre mujeres y jóvenes, siendo gran parte de él de larga duración.

Dadas la estructura y dinámica demográfica, y agravadas por la reducción de las posibilidades de emigración, las necesidades de creación de empleo a corto y medio plazo son enormes y no son satisfechas a nivel nacional. Las perspectivas a medio plazo son aún más inquietantes, en los próximos 10 años, simplemente para absorber el aumento de la población en edad de trabajar será necesario crear entre 15 y 20 millones de empleos adicionales en la región. Eso supone entre un 30% y un 60% más que el empleo creado durante los años de elevado crecimiento económico (Martín, 2011). Sin embargo, los programas de promoción del empleo son escasos y claramente insuficientes. En un reciente estudio de la Comisión Europea (2010) se subrayaba que “es necesario actuar de inmediato, porque el *statu quo* en materia de empleo corre el riesgo de provocar daños irreparables a las pers-

⁴ Ver Middle East Youth Initiative <http://www.shababinclusion.org/>

pectivas de desarrollo de estos países”, creando “tensiones en su tejido social que podrían afectar gravemente a la cohesión y la estabilidad social en la región, incrementando las presiones migratorias”.

Por otra parte, en el conjunto de los países árabes las condiciones del empleo son deficitarias y en algunos casos escandalosas. Abundan el empleo precario (tanto en el sector privado como público), los bajos salarios (en lo que se viene a llamar “trabajo con pobreza” en el cual los salarios no permiten una vida digna ni satisfacer las necesidades básicas) y la informalidad. El salario medio apenas supera los 100 euros en Egipto, no llega a los 150 en Siria y está por debajo de los 300 en Túnez, Marruecos y Argelia; el salario mínimo legal es de 103 euros en Siria, 120 euros en Argelia, 134 euros en Túnez, 157 en Jordania y 164 en Marruecos. Según la OIT Egipto fue uno de los países en que más se deterioró el valor real del salario mínimo y del salario medio en los últimos años⁵.

En materia de derechos la situación también es extremadamente preocupante. La Confederación Sindical Internacional ha señalado reiteradamente la falta libertades sindicales y de derechos sociales en los países árabes, una de las regiones del mundo con peores índices en la materia, donde menos se respetan los derechos de organización de los trabajadores y en la que más se incumplen los ocho convenios fundamentales en materia laboral⁶.

El desempleo tiene un especial impacto sobre los jóvenes. Desde hace años la OIT señala que la región árabe tiene las tasas más altas de desempleo juvenil a nivel mundial⁷ (28,2% en 2008), en una tendencia que sigue creciendo, siendo también con África subsahariana la región donde más se ha agravado el problema en la última década. Los jóvenes constituyen más de la mitad de los desempleados en la región, y entre ellos las tasas de desempleo duplican y triplican la media. Esto aboca a los jóvenes a la pasividad (jóvenes adultos no autónomos y dependientes de sus padres), a la desertión/emigración (si bien las posibilidades de migración a otros países árabes, Europa o América del Norte se han aminorado en los últimos años) o a la revuelta.

Por otra parte, dados los avances en materia educativa y de formación, la falta de empleo golpea especialmente entre los jóvenes formados y titulados. La situación se agrava por las políticas de ajuste y de reestructuración económica que han generado una enorme brecha entre competencias adquiridas por los jóvenes y las solicitadas por los mercados laborales. Esto ha dado pie en algunos países al fenómeno del desempleo masivo de diplomados medios y superiores, miles de egresados de escuelas superiores y universidades se ven abocados al desempleo o a su desprofesionalización. Y desde los noventa han surgido movimientos de parados en Marruecos, Argelia y Túnez, introduciendo la cuestión del empleo como demanda social básica unánimemente establecida en todos los espacios de contestación. En Marruecos por ejemplo los diplomados en paro están organizados desde principios de los años noventa, demandan ser empleados por el sector público y han logrado compromisos de las autoridades para ser integrados gradualmente en la administración (Emperador, 2009).

A los bajos salarios y al desempleo se han sumado los recortes en el gasto público que han supuesto el adelgazamiento de los programas sociales y la eliminación progresiva de subvenciones a los productos de consumo básico (por ejemplo los cereales), el encarecimiento

⁵ ILO (2011): Global Wage Report 2010/11: Wage policies in times of crisis.

⁶ ITUC-CSI: Annual Survey of violations of trade union rights 2009 <http://www.ituc-csi.org/annual-survey-of-violations-of-5208.html>

⁷ ILO (2011): Global Employment Trends 2011: The challenge of a jobs recovery. Pág. 62 http://www.ilo.org/global/publications/books/WCMS_150440/lang--en/index.htm

del transporte público y de la vivienda. El creciente coste de la vida, afectando de manera especial a los más desfavorecidos, ha provocado un vasto descontento social, agravado por la profundización de las desigualdades y la generalización de la corrupción y el nepotismo en los entornos del poder.

Como señala I. Martín (2011a), tanto Egipto como Túnez han sido en los últimos años “buenos alumnos” a la hora de aplicar las reformas económicas requeridas para adaptarse a la globalización, que la mayoría de los países árabes mediterráneos han impulsado desde los años ochenta, y a las exigencias de política económica impuestas por las instituciones financieras internacionales y los países donantes (entre los cuales la UE). Egipto encabezó en 2008 la lista de los “grandes reformadores económicos” que más han avanzado en el ranking *Doing Business* del Banco Mundial; le seguía de cerca Túnez. Según el Informe sobre la Competitividad en el Mundo Árabe elaborado por el Foro Económico Mundial de Davos, en 2010 Túnez era el país del Norte de África más competitivo y Egipto el tercero.

Sin embargo estos países, que curiosamente han sido los primeros en vivir las revueltas, no han estado tan bien situados a la hora de promover una mayor justicia social, crear empleo y mejorar las condiciones de vida para la población. De hecho han llevado a cabo ajustes y reformas sin apenas programas sociales, sin establecer mecanismos de protección social ni medidas compensatorias para amortiguar los costes sociales, y en muchos casos se pusieron en marcha sin llevar a cabo negociación alguna con los agentes sociales. De hecho la negociación colectiva es excepcional y apenas existe diálogo social institucionalizado. En los países árabes un número mínimo de la población (10%) se beneficia de una seguridad social adecuada. Sólo un 30% de la población activa está afiliada a un sistema de pensiones. Menos del 5% de los desempleados tienen prestaciones por desempleo (una de las tasas más bajas del mundo) y muy pocos países tienen programas de seguro de desempleo (Argelia, Túnez y Jordania).

Autoritarismo y movimientos sociales

A este contexto económico de crecimiento con desigualdad, pobreza y exclusión, hay que asociar el colapso de los sistemas políticos autoritarios y el papel desempeñado por los movimientos sociales. Los estados árabes no salen bien parados en ninguno de los rankings sobre democracia, libertades o buen gobierno. Independientemente de que sean repúblicas o monarquías, sean economías rentistas de los hidrocarburos o no, todos los estados se caracterizan por sus enormes carencias en materia de estado de derecho y de respeto a los derechos fundamentales. Dejando aparte las petromonarquías absolutas de la Península arábiga, en algunos países funciona una aparente democracia formal, con separación de poderes, elecciones periódicas, parlamentos y un cierto pluralismo, pero todo ello dista mucho de un verdadero sistema democrático que garantice las libertades y posibilite una competición política real. Asimismo en muy pocos países los partidos políticos de oposición pueden desempeñar su función o pretender acceder al poder por cauces institucionales. Los informes periódicos del PNUD sobre el Desarrollo Humano en los países árabes repiten que la falta de democracia lastra el desarrollo de estos países en todas sus dimensiones.

Este marco autoritario, con un campo político muy limitado, no ha podido evitar que la población reivindique sus derechos como ciudadanos y se organice en pro de cambios sociales y políticos. De esta forma se han desarrollado una acción colectiva con fines políticos, consentida o fuera de los márgenes de la legalidad, como diversas formas de auto-organización ciudadana en torno a intereses específicos. Esto último ha tenido lugar tanto en los movimientos sociales clásicos como a través de nuevas formas de organización de la sociedad civil.

Los movimientos de liberación nacional y los partidos políticos que llevaron a cabo las independencias o que se hicieron con el poder mediante golpes de estado o revoluciones, desarrollaron sistema políticos autoritarios de partido único o, en los últimos, sistemas pseudo pluralistas con hegemonía del partido gubernamental. De estos partidos-Estado habían dependido frentes sociales, a modo movimientos nacionales, organizando a las mujeres, jóvenes y estudiantes, obreros y campesinos. Estos movimientos sociales, en su origen y definición formal asimilables a los movimientos sociales clásicos, pronto se desvirtuaron en estructuras totalmente dependientes, apéndices del partido y vía de acceso a las burocracias. Sin representatividad, dejaron de tener cualquier capacidad de ejercer crítica o de actuar como contra poder. Perdieron toda legitimidad y se convirtieron en instrumentos de encuadramiento y de control de la población. Sin embargo, en algunos casos, los frentes obreros estructurados en sindicatos pudieron conservar cierto pluralismo interno. En gran medida porque parte de sus principales dirigentes no sólo eran nacionalistas sino socialistas y comunistas. Así, aunque sólo se consintieran sindicatos únicos, en su seno pervivieron o se desarrollaron corrientes y grupos disidentes. El sindicalismo, al igual que las uniones nacionales de estudiantes y las nuevas asociaciones civiles constituyeron un cierto refugio para la izquierda.

A la par de los programas de ajuste económico y debido a las presiones internas y externas, se operó una apertura política limitada y se introdujeron algunas reformas políticas. Junto a una extensión del pluralismo político formal, se consintió el desarrollo de movimientos sociales alternativos, autónomos o ligados a fuerzas políticas de oposición, con vocación de organizar a la población y movilizarla en torno a ciertas temáticas y con el objeto de alcanzar ciertos objetivos. En su origen algunas surgieron como facciones disidentes de las organizaciones nacionales oficiales, siendo perseguidas o consentidas; en otros casos se estructuraron como organizaciones nuevas que hubieron de desarrollarse en contextos hostiles, teniendo recorridos muy desiguales. En los regímenes más abiertos, esto daría pie a la ampliación del campo político y social; en regímenes más autoritarios, alimentaría la contestación y la disidencia.

Por lo tanto, a falta de un campo político libre y a modo de espacio sustitutivo, desde los años noventa han aparecido movimientos sociales alternativos que abordan nuevas temáticas, organizaciones de mujeres y de estudiantes, comités por la defensa de los derechos humanos o redes en defensa del pluralismo identitario, así como nuevos sindicatos. En algunos casos estos movimientos sociales adoptan estructuras organizativas novedosas más propias de la sociedad civil, como las asociaciones con fines específicos, sin vocación de ser masivas ni representativas. Cabe prestar especial atención a dos fenómenos: los cambios operados en los movimientos sindicales árabes y la estructuración de los entramados asociativos que se viene denominando sociedad civil.

El sindicalismo árabe tiene una larga tradición y es bastante diverso. Con la excepción de Arabia Saudí, Qatar y Los Emiratos Árabes Unidos, en todos los demás países árabes hay sindicatos. En la mayor parte de ellos se crearon junto a los partidos que protagonizaron las independencias y han tenido un papel específico y reconocido en los sistemas políticos árabes, participando en la distribución de la renta, encuadrando a la población, haciendo de mediador en ciertos conflictos y muchas veces conteniendo protestas. En muy pocos casos (Marruecos, Líbano) se consintió un verdadero pluralismo sindical y el modelo dominante

“ Sin embargo, en algunos casos, los frentes obreros estructurados en sindicatos pudieron conservar cierto pluralismo interno. En gran medida porque parte de sus principales dirigentes no sólo eran nacionalistas sino socialistas y comunistas

fue el sindicalismo unitario forzado. El problema esencial fue su falta de independencia, el sindicato fue el “frente obrero” del partido oficial, reprodujo los esquemas autoritarios de los regímenes y sofocó cualquier tipo de pluralismo interno o de contestación. Esto no impidió que el campo sindical domesticado fuera utilizado por grupos de oposición y corrientes críticas consentidas. En determinadas ocasiones, los gobiernos intervinieron para impedir el funcionamiento democrático de las organizaciones (Palestina) o sofocaron conatos de oposición política desde el movimiento sindical (Túnez, Sudán). Un hecho singular es que la presencia de los movimientos islamistas en el sindicalismo ha sido limitada y muy desigual; lo intentó sin éxito el FIS en Argelia y Hamás en Palestina, pero solamente en Marruecos hay una central claramente identificada con un partido islamista moderado, el PJD, aunque en casi todos los países hay islamistas en las centrales mayoritarias.

Salvo muy contadas excepciones, el movimiento sindical árabe oficial es débil. Hay bajas tasas de sindicalización, y poca práctica de negociación colectiva y de diálogo social. Representado de manera burocrática en la industria y la función públicas, generalmente está ausente de las empresas privadas y de los sectores más dinámicos de la economía. Sin embargo, en los últimos quince años, se ha extendido la libertad sindical en el Golfo y Omán, crecen las demandas de pluralismo sindical y en varios países las centrales oficiales han visto aparecer concurrentes; en algunos casos, son sindicatos independientes a pesar de que la ley no lo facilite (Argelia, Túnez, Palestina, Egipto), y en otros se ha politizado y fragmentado aún más el escenario sindical (Marruecos, Iraq). Finalmente han aparecido organizaciones no gubernamentales con clara voluntad de convertirse en organizaciones sindicales democráticas e independientes (Egipto, Palestina, Túnez, Líbano). Tanto la OIT como la CSI y numerosas centrales sindicales de Europa y de América del Norte, han promovido diferentes iniciativas para contribuir a la implantación de sindicatos, a su renovación y fortalecimiento.

Por otra parte, a pesar de las restricciones en materia de la libertad de expresión y de asociación, los ciudadanos de los países árabes también se han ido organizando de manera autónoma con el objeto de intervenir en el campo social y político, configurando espacios de organización alternativa y con el objeto de articular demandas ante las autoridades. Esta eclosión organizativa se ha beneficiado de un discurso promovido por las instituciones financieras internacionales de hacer participar a la población ante la imperiosa necesidad de que el Estado se retire de ciertos campos y cese la provisión pública de algunos servicios sociales. Inmediatamente este discurso de la sociedad civil ha sido asumido por algunos gobiernos como seña de modernización y de democratización participativa. Asimismo una parte de las élites locales y ONG han promovido el discurso globalizado sobre la sociedad civil que le atribuye una serie de ventajas y de funciones antes asignadas a las fuerzas políticas o los movimientos sociales

De esta forma, al igual que en otros ámbitos geográficos aunque algo más tarde, han aparecido iniciativas ciudadanas (independientes algunas, dirigidas otras) de intervención social, con objetivos concretos: el desarrollo local, la educación, la promoción económica de grupos desfavorecidos, la defensa de derechos de la mujer o de minorías, los derechos humanos, etc. En todos los países encontramos hoy una miríada de organizaciones (civiles, ciudadanas, no gubernamentales, sin fines de lucro, asistenciales), de diferente tamaño, de ámbito local o nacional, con capacidades y agendas diversas.

En el mejor de los casos son expresiones de la ciudadanía organizada y han servido de espacio de substitución para muchos activistas sociales. Su impacto en términos económicos o en materia de prestación de servicios son limitados, pero en algunos casos han permitido construir espacios con cierta autonomía y desarrollar nuevas formas de conciencia crítica

ciudadana. Al igual que en otros ámbitos geográficos, una de sus singularidades en los últimos años ha sido su creciente actividad en red, a nivel local, nacional e internacional. No es infrecuente que algunas de estas organizaciones hayan servido de refugio para militantes políticos que no podían desarrollar su actividad de manera pública y legal, y que hayan sido identificadas como organizaciones de la oposición por parte del poder, intentando éste interferir o limitar sus actividades. Las restricciones en materia de libertades de expresión y de asociación en algunos países (REMDH, 2010) inciden indudablemente en el desarrollo y las actividades de la sociedad civil y de los movimientos sociales.

Por todo ello, tanto las nuevas organizaciones autónomas del mundo del trabajo como las nuevas expresiones de la sociedad civil no han sido ajenas a una creciente dinámica de contestación democratizadora, muchas veces no violenta en diferentes países árabes (Stephan, 2009).

Las luchas sociales y el movimiento obrero antes y durante las revueltas

Las revueltas árabes tienen un fondo de descontento social y económico, asociado a una clamorosa demanda de cambios políticos. Por ello cabe preguntarse qué papel han desempeñado los movimientos obreros en cada uno de los países. De partida se puede constatar que si bien los organizaciones de trabajadores no han sido las protagonistas, encontramos en cada país, y en particular en los que han vivido movilizaciones masivas y exitosas, la presencia de estas organizaciones y sobretodo un sustrato de luchas sociales en torno a conflictos laborales que sirvieron para acumular fuerzas y como campo de experimentación en la coordinación entre los movimientos sociales.

Se pueden señalar al menos dos conflictos sociales de gran envergadura en los años previos a la “primavera árabe” y que pueden ser interpretados como sus antecedentes. No fueron estallidos de cólera ante un caso de injusticia, ni las revueltas del pan, sino casos de acción colectiva de gran alcance que movilizaron a miles de personas y forzaron a las autoridades a tomar medidas importantes. Lo singular es que estos casos ponen en evidencia que el movimiento obrero generó una cultura de la protesta y contribuyó de manera decisiva en la conciencia ciudadana, más que los partidos políticos y probablemente de manera más amplia que las asociaciones.

El primero fue el movimiento de la cuenca minera de Gafsa en Túnez. Entre enero y junio de 2008 se desarrolló una amplia protesta en esta región situada a 400 km al sur de la capital, cuya principal actividad es la explotación de fosfatos a cargo de la Compagnie des Phosphates de Gafsa (CPG). A principios de los ochenta la región ya había sido el epicentro de protestas obreras contra Bourguiba que culminaron en movilizaciones en todo el país, una huelga general, y costaron centenares de muertos y miles de encarcelados. En este caso más reciente los promotores fueron trabajadores y jóvenes desempleados, así como familiares de las víctimas de accidentes laborales, a los que pronto se sumaron funcionarios y pequeños comerciantes.

Pedían empleo (la región tenía un 30% de paro), mejores condiciones de vivienda, salud y educación, denunciaban la explotación de los recursos por las mafias económicas próximas al poder, la corrupción y el nepotismo. Protestaban contra la pobreza y la marginación de las regiones del interior. Frente al Túnez turístico y desarrollado de la costa, la región encarna la cara oculta del “milagro tunecino”, con exclusión, explotación, empleos infra pagados y emigración. La protesta se inició con sentadas (sit-in) y campamentos de protesta ante las oficinas de las autoridades en la ciudad principal Redeyef, y pronto se extendió a las ciudades vecinas de Moularès, Mdhila y Mélaoui. Luego se suceden huelgas a lo largo

de varias semanas y las autoridades reprimen las protestas temiendo que se extiendan de nuevo por el país. El 7 de mayo 2008 la ciudad de Redeyef está rodeada por la policía. En junio, a raíz de la represión muere un joven parado, otros líderes juveniles y obreros son detenidos, varios son responsables locales de la UGTT, la central sindical única. Los medios de prensa oficiales hacen silencio, pero la censura no logra impedir una ola de solidaridad en el país y a nivel internacional; las asociaciones de derechos humanos, mujeres y periodistas hacen suyo el movimiento como nunca había ocurrido. La protesta pone en evidencia una fractura en la UGTT, la dirigencia regional está con el poder y las estructuras de base con la protesta. Esta vez, la llama no se extenderá por todo el país, pero el gobierno ha medido la amplitud de una protesta que ha colapsado toda una región y generado complicidades con fuerte carga de contestación política. En los meses posteriores el gobierno introduce reformas en la compañía, y anuncia inversiones y planes de empleo en la región. Los detenidos son juzgados en febrero 2009; 33 activistas sindicales y juveniles son condenados a penas de varios años de prisión, pero serán liberados en los meses siguientes debido a las presiones.

El segundo caso tuvo lugar en los mismos meses en Mahallah al-Kubra, un importante centro industrial al norte de El Cairo en Egipto (Beinin 2008, 2010, 2011). En 1991 el gobierno egipcio adopta un programa de reforma económica y de ajuste estructural siguiendo las indicaciones del FMI y del Banco Mundial: se inicia entonces el cierre de varias empresas públicas que se privatizan en beneficio de ciertos grupos económicos afines al poder. En 2004 tiene lugar una nueva ola de privatizaciones y la situación social se degrada: caída del salario real, aumento del desempleo y de los precios de los alimentos; aumenta la pobreza, el 40% de la población vive con menos de 2\$ al día. Se multiplican las huelgas, las ocupaciones de fábricas y las manifestaciones, la tensión va en aumento en diferentes empresas públicas, así como entre los funcionarios y en la empresa privada. Las movilizaciones no cesan hasta 2007. La huelga más masiva tiene lugar en diciembre 2007, afecta a 55.000 funcionarios de la hacienda local, que logran sus objetivos. En abril de 2008 se da una explosión de cólera popular en Mahallah al-Kubra. La dirección de la empresa Misr Spinning and Wearing Co, el gigante textil del sector público, no ha cumplido las promesas hechas para acabar con las huelgas de diciembre 2006 y septiembre 2007. El 2 de abril la policía ocupa Mahallah y las fábricas. La compañía asume algunas demandas, entre las cuales los aumentos salariales, para que se suspenda la huelga, lo que abre un debate nacional sobre los salarios y sobre la revisión del salario mínimo interprofesional (congelado desde 1984 a menos de 20€); el propio sindicato oficial, ETUF, sobrepasado por los acontecimientos, se ve forzado a intervenir en el debate. Pero las protestas siguen en la calle y hay enfrentamientos entre huelguistas y matones del régimen. Los comités de centro anuncian una huelga nacional para el 6 de abril 2008 contra el precio de los alimentos (encarecidos por disminución de subvenciones) y por el aumento del salario mínimo interprofesional. La convocatoria de huelga se extiende más allá de las fábricas, recibe el apoyo de los partidos de oposición (islamistas, el movimiento laico Kifaya, naseristas, comunistas), de jóvenes que a través de las redes sociales ayudan a difundir la consigna de huelga. La huelga tendrá un seguimiento desigual, pero más de 30.000 trabajadores paran en el centro industrial, sin embargo lo singular será el amplio apoyo social y la rápida politización de las consignas, pasando de lo social a los lemas antigubernamentales. La huelga del 6 de abril pone al movimiento obrero a la cabeza de las protestas que arrastran a otros sectores. De esta experiencia nacerá el Movimiento juvenil 6 de abril, uno de los impulsores de la protestas de enero de 2011.

En ambos casos se puede señalar cómo un movimiento social nacido en torno a reclamaciones de tipo económico y laboral, sentidas por el conjunto de la población, logró aglu-

tinar a otros actores sociales e incorporar demandas de interés común y de carácter cada vez más político. También fue la ocasión para una coordinación efectiva entre movimiento obrero, otros movimientos sociales y formas de oposición política organizada (partidos) o difusa (movimientos juveniles y ciberactivistas). Finalmente, en ambos casos las autoridades evidenciaron en toda su dimensión los riesgos de una movilización de esta envergadura y naturaleza. Los casos de Gafsa y de Mahallah al-Kubra son sin duda llamativos, no sólo porque no tienen equivalentes en otros países, sino porque muestran ya las pautas de las revueltas de 2011; la cuestión social está muy presente en las reclamaciones de partida, el descontento se politiza, la implicación de las organizaciones obreras no corre a cargo de las centrales sindicales oficiales sino de algunas de sus estructuras de base o de iniciativas sindicales independientes.

El papel desempeñado por los sindicatos también requiere de una puntualización. En el caso tunecino, ya se apunta una ruptura entre la dirección de la UGTT, alineada con las posiciones del gobierno y empeñada en contener la protesta, y sus estructuras de base, implicadas al movimiento social. El desarrollo del movimiento tendrá efectos negativos sobre la central. En el caso egipcio, la ETUF también está al margen del conflicto y no es capaz de contenerlo tal como ha sido su práctica en otras ocasiones. La iniciativa es de los comités autónomos de empresa y de centro, entre los cuales destacan activistas ligados a grupos políticos o sindicalistas independientes, que reciben el apoyo de movimientos sociales diversos.

Las revoluciones árabes de 2011 han sido un encadenamiento de movimientos sociales diferentes en cada país y en cada caso la participación del movimiento obrero ha tenido una forma específica, en función de la acción colectiva previa, de la dinámica general de la protesta y de las características del movimiento sindical y demás movimientos sociales.

Túnez. La histórica Unión General de los Trabajadores Tunecinos, creada en 1945, ha sido el sindicato único, cercano al poder y al mismo tiempo con veleidades de ser el contrapoder que significó en la post independencia. Gracias a ello logró mantener una cierta representatividad y función mediadora, siendo incluso refugio de opositores. Esto explica su singular papel en las protestas que arrasan el país desde finales de diciembre de 2010. Desde sus primeros momentos, las protestas reciben el apoyo de las uniones regionales de la UGTT en las provincias del interior y de militantes sindicales, mientras la dirección de la central titubea. Finalmente, ante el llamamiento a huelgas generales en distintas ciudades (Sfax el 12 de enero, Kairouan el 13), la dirección se pone del lado de la protesta y será uno de los pocos componentes organizado de la revuelta. El día antes de la partida del dictador, el 14 de enero llama a la huelga general.

La diversidad de posiciones internas respecto al papel de la central en la protesta y en la transición será patente; de manera precipitada la dirección de la UGTT acepta participar con tres ministros en el primer gabinete de transición, pero un día más tarde renuncian ante la evidencia de que se trata de una gabinete continuista. En cambio otras fuerzas internas de la UGTT participan en el Comité de Salvaguarda de la Revolución y en las iniciativas locales más radicales que presionan para que la transición sea fiel a las demandas populares y no sea secuestrada por reformistas. La UGTT, pendiente de inevitables ajustes

“Las revoluciones árabes de 2011 han sido un encadenamiento de movimientos sociales diferentes en cada país y en cada caso la participación del movimiento obrero ha tenido una forma específica, en función de la acción colectiva previa, de la dinámica general de la protesta y de las características del movimiento sindical y demás movimientos sociales.

internos que han de concretarse en un próximo congreso, será sin duda y a pesar de todo un interlocutor ineludible en las reformas económicas y en la transición política. En otro plano ya se plantea la posibilidad del pluralismo sindical con la creación de la nueva CGTT y algunos líderes sindicales participan en el proyecto de creación de un Partido de los Trabajadores inspirado en el caso brasileño.

Egipto. La oficialista Federación Egipcia de Sindicatos (ETUF en sus siglas en inglés) era una extensión del partido y del gobierno, no era representativa y su función última era de hecho controlar a los trabajadores. Desde hacía años la contestación laboral venía siendo protagonizada por nuevas organizaciones independientes que reclamaban salarios dignos, protección social y libertad de asociación. Serán estas iniciativas autónomas y los comités de trabajadores en las empresas, los que activen las huelgas que provocarán, junto con las movilizaciones masivas en las plazas, el golpe del ejército y la caída del régimen. A lo largo de las revueltas tiene lugar una ola de huelgas en el sector privado y público, en las empresas del Canal de Suez y en los centros industriales pidiendo mejoras salariales y derechos sindicales: el 30 de enero los sindicatos independientes llaman a la huelga general, el 31 los partidos de oposición apoyan el llamamiento, el 11 febrero 24.000 obreros paran el sector textil en Mahallah, el 13 las huelgas tocan el puerto de Alejandría y la banca en la capital...hasta que el 14 de febrero el Consejo Superior de las Fuerzas Armadas decreta la prohibición de reuniones y manifestaciones sindicales. Un hecho singular es que al calor de las protestas han visto la luz varios sindicatos independientes (en diversas ramas, esencialmente de la función pública) que se agrupan el 30 de enero en la nueva Federación Egipcia de Sindicatos Independientes (EFITU).

En el caso egipcio también hay que señalar la importante función desempeñada estos años por el Centro de Servicios a Sindicatos y Trabajadores (CTUWS) una ONG laboral creada por ex dirigentes sindicales metalúrgicos y vinculada con la izquierda política egipcia, que ha venido prestando asesoría legal y formación a militantes y cuadros sindicales, participó activamente en la revolución de Tahrir y hoy acompaña el proceso de estructuración de las nuevas organizaciones sindicales.

En cada uno de los demás países el papel del movimiento obrero bien siendo diferente. En Mauritania y Kuwait, las organizaciones sindicales han sido las primeras en llevar las protestas a la calle, reivindicando demandas de carácter salarial y en materia de condiciones de vida. En Marruecos, donde existe pluralismo sindical, las estructuras locales y numerosos activistas de la UMT y CDT, al igual que los movimientos de parados, han estado implicados en el Movimiento 20 de Febrero junto a jóvenes y militantes asociativos. Con el auge de la contestación, las direcciones de estas dos centrales y de la FDT deciden unirse a los movimientos sociales en la celebración del Primero de Mayo y declaran formar parte del movimiento de protesta. En Yemen numerosos cuadros sindicales participan en las plataformas que activan las protestas y ha aparecido un nuevo sindicato independiente que rompe el monopolio de la oficial Federación General de Sindicatos de Trabajadores de Yemen. Lo mismo ocurre en Jordania, país donde la precariedad laboral es la regla y la libertad sindical está limitada al sector privado; numerosos miembros de la Federación General de Sindicatos Jordanos (GFJTU) han estado presentes en las movilizaciones. En Bahrein, donde nació uno de los primeros sindicatos en un país del Golfo, el movimiento obrero con especial implantación entre la población chií y los trabajadores extranjeros, ha estado presente en las protestas.

En Argelia, las limitadas movilizaciones que han tenido lugar han visto también la participación destacada de los sindicatos independientes, mientras que la oficialista UGTA ha seguido en su encastillamiento de central hegemónica intentando arañar concesiones salariales del gobierno. Incluso en Libia, país sobre el cual la información es limitada, parece

haber habido alguna contestación obrera al margen de la organización vertical, la Unión General de Productores de la Jamahiriya Árabe Libia, que nunca funcionó realmente como una organización de defensa de los derechos de los trabajadores sino que formaba parte del entramado de organizaciones del singular sistema de la Jamahiriya. En sus primeras declaraciones Gadafi llegó a achacar las revueltas a “sindicalistas, agentes del exterior y traidores”.

En suma, estos primeros meses de 2011 han puesto en evidencia que las revueltas no nacen de manera espontánea, tienen antecedentes organizativos y se articulan dotándose o utilizando estructuras disponibles. Una contribución clave de los movimientos sociales, sean movimiento obrero o asociaciones civiles, ha sido poner al servicio de la revuelta sus capacidades, experiencia organizativa y redes de contactos. En varios casos es evidente que los movimientos sociales han dado osatura y estructura a las revueltas. En el caso tunecino esta articulación entre las fuerzas del movimiento de protesta permitió el basculamiento de la dirección de la central sindical, a pesar de las resistencias internas, hasta posicionarse con las revueltas. Las contribuciones de las organizaciones de derechos humanos y de mujeres, de las asociaciones de abogados y jueces, ha sido equivalente. La singularidad del componente obrero es que ha contribuido a dar carácter masivo a las protestas y las huelgas fueron claves para paralizar el país, tanto en Túnez como en Egipto, y precipitar los acontecimientos. La paralización de la actividad económica forzó a los sectores económicos y a otros poderes fácticos a posicionarse ante el poder.

Los retos en las transiciones

1. Responder a las demandas económicas de la población. Los trabajadores y ciudadanos de los países árabes no sólo aspiran a “disfrutar de las mismas libertades que nosotros [los europeos] damos por sentadas”, como señala la Comunicación de la Comisión Europea del 8 de marzo de 2011, sino que también aspiran a mejorar sustancialmente su nivel de vida y de desarrollo. De manera diferentes, esto está teniendo lugar actualmente en los dos tipos de transiciones en marcha, la de los países en los que las revueltas han impuesto ya cambios, y las que viven algunos otros países, sacudidos de manera desigual por las protestas y cuyos gobiernos han introducido reformas aceleradas para evitar rupturas políticas.

En el primero de los casos, en Túnez y en Egipto, en paralelo a los procesos de reforma política (con gobiernos interinos, reformas constitucionales en curso y elecciones a la vista) ha estallado una intensa conflictividad social. Al calor del éxito obtenido al defenestrar a los presidentes y sus camarillas, se ha operado un eclosión de reivindicaciones largamente reprimidas y proliferan huelgas y movilizaciones en fábricas y otros centros de trabajo, reclamando mejoras salariales, estabilidad en el empleo, readmisión de despedidos y libertad sindical. Si bien esta euforia reivindicativa se puede entender por la coyuntura, es obvio que estas demandas, junto a las que reclaman las capas más humildes de la población en materia de precios, tienen que ser atendidas de alguna forma en paralelo a las reformas políticas pero plantean dificultades.

“La singularidad del componente obrero es que ha contribuido a dar carácter masivo a las protestas y las huelgas fueron claves para paralizar el país, tanto en Túnez como en Egipto, y precipitar los acontecimientos. La paralización de la actividad económica forzó a los sectores económicos y a otros poderes fácticos a posicionarse ante el poder.

Como observa Iván Martín (2011b), la presión sobre la política económica ha aumentado mucho y muchas empresas se han visto obligadas ya a duplicar o triplicar los salarios. Las revueltas tendrán un coste económico directo, que en algunos países ya ha sido medido en varios puntos del PIB, puede que operen como factor de disuasión de la inversión extranjera y de la iniciativa empresarial, pero sobretodo plantean el reto a los gobiernos que pilotan las transiciones de dar respuesta a reclamaciones de justicia social.

En cuanto a casi todos los demás gobiernos, éstos han tomado medidas políticas de urgencia modificando gabinetes e introduciendo reformas, acompañadas de onerosas medidas económicas para aplacar las demandas sociales: aumentos salariales, anuncio de programas sociales y de empleo, subvenciones de productos de primera necesidad... Está claro que las medidas tienen una finalidad preventiva pero dado su elevado coste serán difíciles de mantener, especialmente por parte de los países no exportadores de petróleo y con equilibrios presupuestarios más frágiles. De inmediato las instituciones financieras internacionales han anunciado su disposición a ayudar económicamente las transiciones políticas pero es obvio que algunas de las medidas aprobadas (aumentos salariales, empleo público, subvención a productos básicos) van contra la ortodoxia que defienden y es probable que la condicionalidad económica retorne en breve.

2. Una oportunidad para la reorganización del sindicalismo árabe. Las revueltas populares han sacudido el fosilizado escenario del sindicalismo oficial árabe y pueden ser una ocasión para una reforma interna o una reorganización del movimiento obrero en esos países. También es probable que algunas organizaciones sindicales oficialistas desaparezcan tras la disolución del partido que las tutelaba o que se refunden. La democratización del sindicalismo en un país tendrá impacto en las demás organizaciones sindicales que se verán obligadas a introducir reformas y a asumir un pluralismo sindical, sea en el seno de centrales únicas o ampliando el escenario. Asimismo afectará a la Confederación Internacional de Sindicatos Árabes, la vetusta e inoperante estructura que en la vieja lógica panárabe federaba las centrales oficiales. La reforma permitirá recuperar la verdadera acción sindical, desde los centros de trabajo, y una concepción del sindicato como contrapoder. Y sin duda la democratización sindical contribuirá a la transición y a la democratización general, y al fortalecimiento de los movimientos sociales y a la nueva sociedad civil. El movimiento sindical internacional (CSI) ya ha anunciado su voluntad de acompañar esta transición sindical y apoyar los esfuerzos de las organizaciones árabes democráticas. A su vez es de esperar que la democratización de los sistemas políticos acarree también reformas de las relaciones laborales y en materia de derecho del trabajo en concordancia con los convenios de la OIT.

3. La necesidad de interlocutores sociales. Una cuestión clave es que la conflictividad social requiere de organizaciones representativas que encaucen y organicen los movimientos y sean capaces de estructurar las negociaciones. En otro plano la transición política también requiere de agentes sociales representativos e interlocutores competentes para negociar las reformas sociales y laborales, o participar en la negociación de pactos sociales. Las demandas socioeconómicas, por ser gravosas en un contexto internacional no favorable y restrictivo y por cuestionar las políticas económicas imperantes, serán difíciles de negociar y probablemente sólo puedan ser atendidas de manera limitada e insuficiente. En este campo extremadamente sensible, las organizaciones sindicales deberán desempeñar de nuevo un papel clave que otros movimientos sociales no tienen. Pero queda por ver la rapidez con que el movimiento sindical se recomponga y las nuevas organizaciones se implanten y desarrollen competencias para ello.

4. El papel de la comunidad internacional. La Unión Europea y los Estados Unidos han sido cómplices del estado de cosas que ha prevalecido en la región hasta 2011; estos regi-

menes eran funcionales para sus intereses económicos y geoestratégicos. Los dos casos de revoluciones exitosas y sus transiciones en marcha, las crisis que viven otros países, así como los cambios operados en los demás obligan a un replanteamiento de las relaciones con los países árabes. En el caso europeo, esperemos que esta nueva etapa supere la lógica economicista y neoliberal que marcó la Asociación Euromediterránea, la Política Europea de Vecindad y la Unión por el Mediterráneo. Según ella la creación de una Zona de Libre Comercio euromediterránea y las reformas económicas impulsadas (con un apoyo financiero exiguo en la práctica) tenían que llevar al crecimiento económico y a la postre a una modernización política, al desarrollo de nuevas élites (relevos, sectores moderados y modernizantes) y a la democratización de la región. Parece que ahora la Unión Europea empieza a reenfocar su perspectiva; en la Comunicación de la Comisión Europea y de la Alta Representante de la Unión para Asuntos Exteriores y Política de Seguridad del 8 de marzo de 2011, que lleva el llamativo título de “Asociación para la democracia y la prosperidad compartida con el sur del Mediterráneo” se asume que “las reformas políticas y económicas deben ir de la mano y contribuir a garantizar los derechos políticos y las libertades” y señala el “compromiso con unas elecciones libres y justas” como “criterio de admisión a la Asociación”. El 11 de marzo el Consejo Europeo lo ratificaba en una Declaración según la cual “el progreso y la democracia van de la mano. El desarrollo económico y las perspectivas de empleo, especialmente para los jóvenes, son de una importancia capital para estabilizar la democracia”.

Veremos en qué se concretan estas palabras. Hay serias dudas para esperar un compromiso financiero europeo suficiente y un anclaje institucional que pueda tener, salvando las distancias, el mismo efecto que pudo tener Europa para la consolidación de la reforma política española. En cambio no sorprendería que la UE termine aupando tímidas transiciones reformistas que alteren lo menos posible la lógica de fondo de lo que ha sido hasta hoy su relación.

Conclusiones

Más allá del protagonismo juvenil y del impacto de las redes sociales y otros medios de comunicación, las organizaciones populares, los movimientos sociales y en particular las organizaciones de trabajadores están desempeñando un papel muy significativo en las revoluciones árabes de 2011.

Todas las revoluciones tienen sus antecedentes. En los dos casos en los que las movilizaciones han logrado alcanzar niveles masivos y implicando a todos los grupos sociales, en Túnez y Egipto, hubo importantes movilizaciones previas en torno a demandas de justicia social que contribuyeron al crescendo de pérdida del miedo y de politización del descontento, y también alertaron a las autoridades del riesgo de contestación de más amplio alcance. Allí donde no han tenido lugar movilizaciones previas, entre otras razones por falta de organización suficientemente estructurada, las actuales revueltas se encuentran o bien con mayor resistencia de los gobiernos (Libia, Siria, Yemen, Bahrain) que confían en poder sofocar la contestación o con reformas políticas y medidas económicas de última hora (Marruecos, Argelia, Jordania) con las que confían poder atemperar las movilizaciones.

En los países donde las movilizaciones populares han forzado cambios de gobierno y provocado la puesta en marcha de reformas democráticas, las transiciones recién inauguradas hacen frentes a dificultades y sobre ellas se ciernen incertidumbres. Los movimientos sociales han sido quienes más han contribuido a que las reformas no sean sólo cosméticas y realmente desmantelen el viejo régimen y construyan, sobre bases legítimas

mas, sistemas democráticos. Si esto es complejo, más aún será implantar en paralelo un Estado del bienestar que reparta la riqueza y reduzca la exclusión social. Por ahora las revoluciones han sido acogidas positivamente por la comunidad internacional y las reformas políticas han recibido promesas de apoyo, pero no es aventurado pensar que en breve las instituciones financieras internacionales y los países donantes volverán a plantear exigencias que condicionen las reformas económicas y vuelvan a relegar la cuestión de la justicia social.

Bibliografía

BARREÑADA, Isaías (2004): “Sindicatos magrebíes: reforma o marginación”, *Afkar/Ideas*, 4, pp. 79–82

BARREÑADA, Isaías; ORTEGA, Alejandra; MARTÍN Iván (2007): “El sindicalismo en el sur del Mediterráneo. Debilidades y desafíos”, *Gaceta Sindical. Reflexión y debate*, 8, 2007, pp.217–246.

BEININ, Joel (2008): “L’Egypte des ventres vides”, *Le Monde Diplomatique*, mai, pp. 14.

BEININ, Joel (2010): *The struggle for worker rights in Egypt*. Washington, The Solidarity Center AFL–CIO.

BEININ, Joel (2011): “A historical perspective on the popular uprising in Egypt” [[hppt://humanexperience.stanford.edu/beininegypt](http://humanexperience.stanford.edu/beininegypt)]

BOIX, Isidor (2011): “Los sindicatos árabes ante el cambio”, *La Factoría*, 54. [www.revistalafactoria.eu]

CHICLET, Christophe (2011): “Les syndicats, acteurs importants des révolutions arabes”, *Confluences Méditerranée*, éditorial, mars. [<http://www.confluences-mediterranee.com/spip.php?article3079>]

COURBAGE, Youssef; YOUSEF, T.; MARTINE, G.; FARGUES, P. et al. (2009): *Población y desarrollo en el Mediterráneo. Transiciones demográficas y desigualdades socioeconómicas*. Barcelona, Icaria.

EMPERADOR BADIMON, Montserrat (2009): “El movimiento de los diplomados en paro en Marruecos. Desafíos a la improbabilidad de una acción colectiva”, *Revista Internacional de Sociología*, 67:1, pp. 29–58.

EUROPEAN COMMISSION (coord. MARTIN, Iván and FARGUES, Ph.) (2010): *Labour Markets Performance and Migration Flows in Arab Mediterranean Countries: Determinants and Effects*. European Economy. Occasional Papers. 60. May 2010. Brussels, 3 vols.

http://ec.europa.eu/economy_finance/publications/occasional_paper/2010/op60_en.htm

FERGANY, Nader (2010): “¿Pueden los movimientos de protesta derrocar los regímenes autoritarios en la región árabe? El caso de Egipto”, *Quaderns de la Mediterrànea* 14 (2010) [http://www.iemed.org/publicacions/quaderns/14/qm14_pdf_ESP/30.pdf]

HERNANDO DE LARRAMENDI, Miguel (2011): “Del malestar social a la protesta política árabe”, *Política Exterior*, 140.

HIBOU, Béatrice (2006): *La force de l’obéissance. Economie politique de la represión en Tunisie*. Paris, La Découverte.

ILO (OIT) (2009): Growth, employment and decent work in the Arab region: key policy issues. Beirut, Arab Employment Forum.

<http://www.ilo.org/public/english/region/arpro/beirut/aef/paper.htm>

LÓPEZ GARCÍA, Bernabé, (2011): “La centralidad de la central. La UGTT en la revolución tunecina”, Notas del Observatorio de la crisis árabe, Real Instituto Elcano, abril.

MARTÍN, Iván (2011a): “Revueltas, reformas y competitividad”, Notas del Observatorio de la crisis árabe, Real Instituto Elcano, febrero.

MARTÍN, Iván (2011b): “Empleo y políticas de empleo en el Norte de África: de causas de las revueltas a claves de la transición”, ARI 64, Real Instituto Elcano.

REMDH (2010): La liberté d’association dans la région euro-méditerranéenne 2010. Une société civile en péril. Copenhague, Réseau Euromed des Droits de l’Homme, REMDH/EMHRN

STEPHAN, Maria J. (2009): Civilian Jihad: Nonviolent Struggle, Democratization, and Governance in the Middle East. Palgrave.

TEMLALI, Yassin (2011): ¿Pourquoi le syndicat UGTT a joué un rôle si important dans l’intifada tunisienne?”, Maghreb Emergent, 25.01.2011